



**Palabras del P. Cipriano Sánchez García, L.C., Rector de la
Universidad Anáhuac México, en el Retiro de Adviento**

8 de diciembre de 2020

Universidad Anáhuac México Campus Norte

El Adviento del año 2020 no es un Adviento cualquiera. Es un Adviento que nos obliga a esperar como nunca hemos esperado, porque la realidad que vivimos nos ha quitado muchas de las situaciones que nos daban certeza y seguridad. Hemos sido arrancados de personas, lugares, actividades, tradiciones que eran fundamentales para nosotros.

Por ello el Adviento 2020 nos debe impulsar a hacerlo de un modo especial el tiempo de la esperanza, la esperanza de un redentor, la esperanza de que vendrá alguien a iluminar nuestras vidas, nuestro mundo. Las situaciones en las que nos encontramos, con miedo del presente, con inseguridad del futuro.

Como dice el Papa Francisco en Fratelli Tutti 33: *el golpe duro e inesperado de esta pandemia fuera de control obligó por la fuerza a volver a pensar en los seres humanos, en todos, más que en el beneficio de algunos. Hoy podemos reconocer que «nos hemos alimentado con sueños de esplendor y grandeza y hemos terminado comiendo distracción, encierro y soledad; nos hemos empachado de conexiones y hemos perdido el sabor de la fraternidad. Hemos buscado el resultado rápido y seguro y nos vemos abrumados por la impaciencia y la ansiedad. Presos de la virtualidad hemos perdido el gusto y el sabor de la realidad». El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites que despertó la pandemia, hacen resonar el llamado a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia.*

Este es el gran sentido del Adviento, que es un tiempo de conversión, pero sobre todo es un tiempo de esperanza. Un tiempo en que la mirada sobre nosotros mismos, que nos puede juzgar severamente, se dirige hacia la esperanza del Señor que viene a nuestras vidas.

Adviento, Abrirnos al encuentro con Jesús, sembrador del Reino de los cielos en nuestro corazón, con nuestras buenas obras.

«Miren, vigilen: pues no saben cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje y dejó su casa, y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velen”. (Mc 13)

Dios todopoderoso y eterno, te rogamos que la práctica de las buenas obras nos permita salir al encuentro de tu Hijo que viene hacia nosotros, para que merezcamos estar en el Reino de los cielos junto a Él. Que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.

La primera oración nos pone delante de los ojos tres realidades: mis obras, el encuentro con Cristo y el Reino de los cielos. Podría ser que haya obras en nuestra vida que no nos estén permitiendo salir al encuentro de Jesús. Hay obras que nos encierran, hay obras que nos abren. Hay obras que nos aíslan, hay obras que nos comunican. Descubrir cuáles son las obras que nos cierran al encuentro y descubrir las obras que nos abren al encuentro. En la escritura se habla del corazón cerrado y son las obras que se han llevado a cabo las que nos abren o nos cierran. Cuántas obras podemos haber hecho para cerrarnos a los demás, a veces de modo consciente, a veces de modo inconsciente. Todos tenemos la experiencia de haber descubierto comportamientos que nos han aislado de alguien. Y es posible que también hayamos descubierto actitudes, acciones que, por su presencia en nuestra vida, han puesto una barrera entre Dios y nosotros.

A veces estas obras las encerramos en los conceptos que llamamos los pecados capitales: como la ira, o la pereza, o la soberbia, o la lujuria, o la gula o la avaricia o a envidia. Cuando estas obras aparecen en nuestra vida, rompen con los demás y con Dios. Baste pensar en cuántas ocasiones la envidia o la avaricia o la ira nos cierran a las relaciones con los demás, nos impiden el encuentro

con los demás. Lo mismo sucede para el encuentro con Cristo. La falta de humildad, la desidia, el odio, nos cierran a nuestro encuentro con Jesús que, en cada Navidad, nos trae la sencillez, el compromiso, la caridad generosa.

Revisar las propias obras será siempre una tarea de cara a encontrarnos con los demás. Por ello es importante preguntarnos por las buenas obras en el tiempo de Adviento. Esto va más allá de una ética pues la ética, las buenas obras, no son un fin en sí mismas. Las buenas obras, para nosotros como cristianos, nos permiten encontrarnos con Cristo, que es lo que en realidad es importante; porque el encuentro con Cristo nos abre el reino de los cielos, es decir la felicidad y la plenitud.

El encuentro con Cristo por las obras que abren nuestro corazón a él, es lo que establece en nuestra vida el reino de los cielos. El reino de los cielos no es un lugar, no es una estructura, como puede pasar en los reinos humanos. El reino de los cielos es la consecuencia de una presencia. La presencia de Cristo en nuestras vidas: eso es el reino de los cielos. Porque cuanto mayor es su presencia, mayor es nuestra plenitud, mayor es nuestra realización, mayor es nuestra felicidad. Como sucede en nuestras vidas, en las que hay presencias que generan entornos, situaciones, y ambientes que hacen felices o que llenan de amargura. El reino de los cielos es la presencia de Cristo en nuestras vidas; que nos da plenitud, alegría, consuelo, felicidad. De hecho, la Navidad es el inicio del reino de los cielos en la tierra, un reino que crece con cada persona, con cada momento de la historia. Por ello nuestras buenas obras que nos

asemejan a Cristo, y que nos hacen encontrarnos con él, son las que hacen que el reino de los cielos también pueda llegar a los que nos rodean.

El Adviento es un momento maravilloso para volvernos a encontrar con Cristo y para volver a poner a Cristo cerca de nuestra vida. Aunque, de hecho, es al revés: El Adviento es el tiempo en que Cristo nos pone cerca de su vida. Lo hace siendo ser humano como nosotros, con nuestros dolores y angustias, con nuestros gozos y alegría. Lo vemos como un niño, vemos que pasa frío y calor y sonrío cuando llega la comida o ve un rostro conocido.

El encuentro supone siempre un intercambio a veces de cosas materiales, pero siempre de dimensiones espirituales. Cuando nos encontramos con un amigo, no solo intercambiamos información, intercambiamos experiencias, intercambiamos emociones, intercambiamos ilusiones: en definitiva, intercambiamos la vida. Esto mismo sucede con Jesús en Adviento, él llega a nosotros para encontrarse con nuestra humanidad.

Adviento: llenar de sabiduría las ocupaciones cotidianas para experimentar un encuentro gozoso y personal con Jesús.

Está escrito en el profeta Isaías: «Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: "Preparad el camino del

Señor, allanad sus senderos."» Juan bautizaba en el desierto; predicaba que se convirtieran y se bautizaran, para que se les perdonasen los pecados. (Mc. 1)

Dios todopoderoso y rico en misericordia, que nuestras ocupaciones cotidianas no nos impidan acudir presurosos al encuentro de tu Hijo, para que, guiados por tu sabiduría divina, podamos gozar siempre de su compañía. Que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.

La segunda oración coloca un deseo en nuestro corazón, el deseo de que las ocupaciones cotidianas no impidan el salir con prontitud al encuentro con Cristo, de modo que, con la sabiduría divina, gocemos siempre de su compañía.

Esta oración parte de una realidad: todos estamos involucrados de modo necesario en ocupaciones cotidianas. Ocupaciones que no podemos excluir de la existencia, porque son las que nos entretejen en la realidad terrena en la que estamos inmersos. No podemos dejar de ver por la comida, por el vestido, por la salud. No podemos dejar la necesidad de trabajar, de mejorar nuestro entorno. No podemos dejar de preocuparnos por las situaciones que atraviesan las personas que están cerca de nosotros. En definitiva, las ocupaciones cotidianas son parte de nuestra genética de existencia.

Sin embargo, y esa es la prevención que pone la oración, las ocupaciones cotidianas no deberían ser un peso que abrume de tal forma nuestro ser, que

nos hagan olvidarnos de Dios, que nos hagan olvidarnos que, en esta vida, somos como el caminante que tiene que preocuparse por no tropezar, al tiempo que no puede detener la marcha hacia su destino. Lo que la oración nos propone cuidar de modo especial es que no se nos ahogue el corazón con las realidades cotidianas. Es cierto que hay situaciones tan desesperadas de salud, de economía, de relaciones, que pueden oprimir demasiado el corazón. Esto es lo que la oración pide que no nos pase, que lo cotidiano no nos ahogue de tal modo que nos haga olvidarnos de nuestra dimensión espiritual. Es como si un padre en su trabajo en la industria o en la casa se vieran tan agobiado que se olvidase de la familia, que es el sentido para el cual trabaja. Es como si una madre estuviese tan atenta a tener la casa en orden o su trabajo llevado a cabo con eficacia que dejase de lado a las personas que tendría que tener muy cerca de su corazón.

Más bien lo que el Adviento nos propone es que vivamos como quien está haciendo algo en su trabajo y de pronto le avisan que alguien trascendental para él ha llegado. En ese momento se levanta y sale corriendo, la cara iluminada, los ojos buscando la figura que espera, todo su cuerpo en búsqueda. Hay personas que pueden provocar esto en nosotros, las personas que están vinculadas a nuestra existencia, las personas que amamos con intensidad. La llegada de Jesús, el encuentro con Jesús, es una invitación a una experiencia de este estilo.

Salir con alegría al encuentro de alguien es fruto de una empatía interior, de una simpatía interior, por lo que ese alguien aporta a mi vida. Esta experiencia puede ser un espejo que valore nuestra experiencia de Jesús, lo que su nacimiento, su venida a nuestra vida puede llegar a significar. Pero porque a veces nuestro corazón puede haberse hecho pesado, ahogado, aburrido, el salir presurosos al encuentro de Jesús es una gracia, es un don. Por ello es muy importante la petición de sabiduría. La sabiduría es un modo especial de la inteligencia, además de ser para nosotros es un don del espíritu santo. La sabiduría es la capacidad de ver las cosas en su realidad, en su verdad, en definitiva, a la luz de la verdad. La sabiduría es mirar las cosas a la luz de esa verdad que les da su plenitud, su sentido y su fundamento.

Para nosotros la verdad no es una teoría, sino una persona. Es la persona de Cristo, quien se hace luz que nos ilumina y nos permite entender las realidades, él es quien revela el hombre al hombre mismo. Ser guiados por la sabiduría divina es ser guiados por Cristo, por sus criterios, por su existencia. Por eso no es una sabiduría que lleva solamente a verdades teóricas o a conocimientos fríos, sino a la verdad como una persona. Es la sabiduría que lleva a ser capaces de poder acompañar a Cristo. Acompañar a Cristo no es algo que se adquiere de una vez para siempre en la vida, es un proceso constante, en el que la sabiduría lleva a la compañía y la compañía permite adquirir más sabiduría, porque hace nos capaces de entender mejor el sentido de todo lo que nos ocupa a lo largo de nuestras jornadas, porque podemos hacer mucho más ricas nuestras relaciones con los demás, porque podemos dar un sentido más valioso a todo lo que sucede en nuestra existencia.

Adviento: experimentar la compañía bondadosa de Dios en el camino hacia Jesús que nos salva.

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: «Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?» Juan les respondió: «Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.» (Jn.1,19ss)

Dios y Padre nuestro, que acompañas bondadosamente a tu pueblo en la fiel espera de nacimiento de tu Hijo, concédenos festejar con alegría su venida y alcanzar el gozo que nos da su salvación. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.

La tercera oración es, en cierto sentido, una continuidad de las dos anteriores, porque nos dice que, a lo largo del Adviento, Dios mismo nos acompaña para esperar el momento del nacimiento del Salvador lo que nos aporta una experiencia doble: por un lado, la experiencia de estar alegres porque llega a nuestras vidas, y, por otro lado, la experiencia de llenarnos de gozo, porque en nuestras vidas se hace presente la salvación.

La compañía que Dios nos hace no es neutra, es una compañía que llena de alegría y de gozo porque su presencia entre nosotros es una presencia salvadora. La compañía que Dios nos hace tiene un rasgo particular, es una compañía bondadosa. Dios no nos acompaña con la amargura, con el reclamo áspero, con la mirada airada. Dios no nos acompaña de mala gana. Él siempre está a nuestro lado con su bondad: en todos nuestros caminos, el modo en que Dios se hará siempre presente, será el modo de la bondad. Que Dios nos acompañe con su bondad es una fuente de certezas en la vida. Su compañía bondadosa es la certeza de que en todo momento podremos mirarle con esperanza, y que él sabrá ir a nuestro ritmo. Como una madre que enseña a caminar a su hijo y lo hace consciente de que en cualquier momento se puede tropezar y ahí están sus brazos bondadosos para sostener, animar, impulsar hacia delante.

La compañía sostiene la espera porque a veces no se tiene la fortaleza para mantenerse en la tensión necesaria de cara a la llegada de la persona que esperamos, la impaciencia, el cansancio, son realidades que pueden hacernos olvidar el valor de quien estamos esperando. Como sucede con dos enamorados cuando uno tiene que esperar al otro y el paso del tiempo puede ser más pesado que el amor del corazón. Y en este caso, la fragilidad del corazón puede llevar a cambiar de opciones, a buscar otros valores, a mirar hacia otros horizontes. Entonces la bondad de Dios tendrá que recogerlos con cuidado para reorientar nuestro corazón, porque solo en el encuentro con Jesús que nace encontramos alegría y gozo que no son pasajeros, porque con él en nuestra vida se hace presente un encuentro que da sentido y una

salvación que nos permite ser más fuertes que las esclavitudes que nos rodean.

La salvación es una idea que se nos puede quedar lejos e incluso puede llevarnos a plantearnos la pregunta de si la necesitamos. Pero cuando hacemos una seria reflexión sobre nosotros mismos, sobre nuestro mundo, sobre nuestras relaciones, encontramos una cantidad de cadenas que vemos casi imposibles de romper. Quizá el ejemplo más serio es de las múltiples adicciones, o el de las fragilidades psicológicas que nos atrapan, o el de los errores morales que cometemos repetidamente. Ser salvados no es solo no ser oprimidos, o vernos liberados de algo. Ser salvados también es, de modo particular, la capacidad de dar un sentido incluso a nuestros propios límites. Entonces es cuando descubrimos como decía San Pablo que cuando somos débiles, en realidad junto a Jesús que nace, somos fuertes y eso es lo que de verdad nos hace felices. Esto es lo que nos viene a traer el encuentro con Jesús en cada Navidad.

Adviento: abrir nuestro corazón al amor que inicia en Belén y se hace pleno en la Pascua.

«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre,

reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.» (Lc. 1, 26 ss)

Señor, derrama tu gracia en nuestros corazones, y ya que hemos conocido por el anuncio del Ángel la encarnación de tu Hijo Jesucristo, condúcenos por su Pasión y su Cruz, a la gloria de la resurrección. Él que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.

Llegamos a la cuarta oración que nos permite mirar hacia el sentido de la venida de Cristo. Como sucede cuando nace un niño, aparece una pregunta: ¿Qué será de este niño? El Adviento y la Navidad no son momentos cerrados en si mismos, como si fueran una serie televisiva que termina y que dejamos de lado para buscar otra que nos llame más la atención. No es un evento que queda para compartir en una red social o en una agradable sobremesa, en la que nos contamos los lugares a los que hemos ido en nuestras vacaciones. La Navidad y el Adviento que la prepara se abren hacia el misterio que mostrará el amor más profundo de Cristo en el misterio de la Pascua por su pasión, muerte y resurrección. Es llamativo que los dos evangelistas que nos narran la historia del nacimiento de Jesús en Belén, San Mateo y San Lucas, no solo nos narran la historia, sino que miran como en una profecía hacia lo que Jesús vivirá al final de su ministerio entre nosotros. Mateo lo expresa con la persecución de Herodes y la muerte de los inocentes, del mismo modo en que Jesús será perseguido por los representantes del pueblo y morirá siendo el inocente por antonomasia. Lucas nos lo refiere cuando nos dice que María lo

envuelve en vendas y lo coloca en un pesebre, como una anticipación de la muerte de Jesús que se sella en el sepulcro envuelto en el sudario.

Adviento y Navidad nos hacen mirar hacia la Pascua, como dice la oración: por la Pasión y la Cruz a la gloria de la Resurrección. La promesa de la Navidad es que esa presencia en Belén llegará hasta las últimas consecuencias en la Pascua de Jerusalén. Una promesa de la que queremos participar, conscientes de que solos no podemos, de que necesitamos que la gracia de Dios se derrame en nuestros corazones, de que necesitamos que sea el mismo Dios que nos manifiesta a su Hijo en Belén el que nos conduce a la Gloria de la Resurrección.

Conclusión.

Al terminar esta meditación que nos prepara al nacimiento de Cristo, podemos ver como el Adviento va formando ante nuestros ojos y en nuestra experiencia espiritual un mosaico que nos puede acompañar una vez pasada la Navidad:

Un primer elemento está formado por la mirada hacia nosotros: La necesidad de buenas obras, el ordenamiento de las ocupaciones cotidianas, la certeza de la compañía bondadosa de Dios, la presencia de su gracia en nuestros corazones. Mirar hacia nosotros es necesario, hacia nuestras obras, hacia el modo en que gestionamos la vida, hacia la forma en que descubrimos que en el camino vamos acompañados por la bondad y la gracia de Dios.

Un segundo elemento se compone de la mirada hacia Jesús; La salida al encuentro de Jesús, la ilusión presurosa para que se produzca, la espera fiel de su nacimiento, y la experiencia de haberlo conocido. Mirar hacia Jesús da sentido a la mirada que hacemos sobre nosotros, porque él se nos presenta cercano, generador de alegría, presente en su ternura y capaz de generarnos certidumbre al hacerse uno como nosotros.

Un tercer elemento mira hacia el futuro: a merecer el Reino, a gozar de la compañía de Jesús, a experimentar el gozo de la salvación y llegar a la resurrección. Mirar hacia el futuro nos hace experimentar que nuestras vidas orientadas a Jesús se llenan de plenitud, la plenitud de lo que Dios ha creado en nosotros, la plenitud de la amistad de Dios, la plenitud de la victoria del amor de Dios sobre nuestras fragilidades y la plenitud de la vida llena de gloria por el amor resucitado de Jesús.

De este modo la Navidad es una experiencia preciosa que merece la pena vivir, por lo que siembra en nosotros, por lo que nos permite experimentar de la persona de Cristo y por lo que nos presenta ante nuestro futuro con esperanza. Podemos terminar escuchando esta reflexión del Papa Francisco en la Navidad del 2019: *En esta noche, redescubrimos en la belleza del amor de Dios, también nuestra belleza, porque somos los amados de Dios. En el bien y en el mal, en la salud y en la enfermedad, felices o tristes, a sus ojos nos vemos hermosos: no por lo que hacemos sino por lo que somos. Hay en nosotros una belleza indeleble, intangible; una belleza irreprimible que es el núcleo de nuestro ser.*

Dios nos lo recuerda hoy, tomando con amor nuestra humanidad y haciéndola suya, “desposándose con ella” para siempre. De hecho, la «gran alegría» anunciada a los pastores esta noche es «para todo el pueblo». En aquellos pastores, que ciertamente no eran santos, también estamos nosotros, con nuestras flaquezas y debilidades. Así como los llamó a ellos, Dios también nos llama a nosotros, porque nos ama. Y, en las noches de la vida, a nosotros como a ellos nos dice: «No temáis» (Lc 2,10). ¡Ánimo, no hay que perder la confianza, no hay que perder la esperanza, no hay que pensar que amar es tiempo perdido! En esta noche, el amor venció al miedo, apareció una nueva esperanza, la luz amable de Dios venció la oscuridad de la arrogancia humana. Humanidad, Dios te ama, se hizo hombre por ti, ¡ya no estás sola!

--ooOoo--